

AÑO XVIII.—NÚM. 5367.

28 DE ABRIL DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 28 de Abril de 1879.

### TEATRO MAIQUEZ.

FUNCION EXTRAORDINARIA.  
PARA EL MIÉRCOLES 26 DE ABRIL.

(Fuera de abono.)

A BENEFICIO DE

**D. ANTONIO VICO.**

- 1.º LA CAPILLA DE LANUZA.
- 2.º ARTE Y CORAZON.
- 3.º LAS SABANAS DEL CURA.
- 4.º BUENAS NOCHES DON SIMON.

## MENDOZAS Y CARVAJALES.

Esta es la primera obra dramática del Sr. D. Antonio Bienert, que en la noche del 24 se puso en escena en el Teatro de Maiquez. Conocimos esta producción por la lectura; pero las obras dramáticas son como las estatuas y los grandes cuadros que necesitan verse en su lugar para juzgarse; y, así como a estos la distancia y la luz pueden transformar todos los efectos, deprimiendo ó realzando su mérito, así una obra dramática representada en un buen teatro; identificadas los actores con los personajes; llenando el lenguaje mímico y el natural en sus múltiples y variadas fases lo que no alcanza el hablado; el poderoso registro de las eufonías que por sí solas pueden hacer de un idilio una epopeya, en algunos casos, ó una parodia de un asunto grave y magistral; puede merecernos un juicio más ó menos favorable al que nos hiciera emitir su lectura. Aun así, no es lo suficiente una sola audición ni una sola vista para que puedan juzgarse con toda seguridad las personas más competentes y mucho menos los que como nosotros no reunimos esas condiciones que adornan á los distinguidos críticos y literatos. La imparcialidad y la buena fé serán el distintivo de nuestro juicio.

La obra del Sr. Bienert es una guirnalda de preciosas flores. Su acción dramática no puede ser más propia de la época que representa ni más sencilla. El odio y la rivalidad de dos familias, *Mendozas y Carvajales*, y un ángel de paz, Laura de Mendoza, que, para salvar la vida de su hermano que tiene que batirse con el Conde de Carvajal, llega á este para impedir el duelo. Sus ojos son como las estrellas, Cástor y Pólux, tan propicias en una tempestad; y el amor que despierta la simpatía y los ensueños que con ella había tenido el Conde desde que la vió en dicha de poderle hablar; hacen que la súplica, no pudiendo convertirse

en un precepto, quede satisfecha con ceder al contrario la gloria del triunfo casi seguro y el sacrificio de dejarse matar por él que tanto le odia. Este propósito acrecienta en Laura el puro amor; y, viendo que el Conde sale á batirse, cae desmayada. Una enfermedad terrible hace reconciliar los odios y enemistades, y el Conde y Laura reciben las bendiciones del cielo uniéndose en estrechos lazos para vivir cada uno en su patria: Laura, que es el ángel de paz, en el cielo, y el bravo Conde en la tierra, que es sin duda el lugar más innegable de lucha y de expiación.

Este drama más que algunos otros que se han representado en los principales teatros, lleva las condiciones de la parte preceptiva y del género creador. Desde el momento en que Laura se presenta al Conde en el final del primer acto, el espectador muestra interés á la acción y á los personajes; porque despiertan la curiosidad y la simpatía indispensables para el buen éxito. Hay verosimilitud en la fábula, y el lenguaje y el desarrollo de la acción caracterizan bien la época que representa, produciendo una verdadera ilusión dramática que nos hace olvidar la fábula y el teatro en algunos momentos. El espectador goza y sufre con los personajes. Hay una perfecta unidad, alguna variación y completa armonía.

La exposición está hecha con tanta sencillez y maestría cual pudiera hacer a el más severo preceptor ejercitado. Nada hay oficioso ni oscuro; todo es insinuante y conducente; es como el crepúsculo matutino que por momentos nos hace descubrir nuevas distancias; así cada frase y cada escena guían la mente del espectador hacia el nudo y desenlace de la acción dramática. Las leyes de acción, lugar y tiempo se ven perfectamente de acuerdo con los preceptos del arte. Fuera conveniente, no obstante suprimir ó sustituir una palabra, la que determina el tiempo que ha trascurrido desde el final del segundo acto hasta la visita del doctor. No siendo necesarios los dos meses que supone, la unidad de tiempo se estrecharía más, sin perjuicio de las otras.

El juicio dudoso se nos presenta en el primer acto: dos familias se odian y luchan para destruirse: ella y él, de bandos opuestos, se aman; ¿podrá el amor contener la lucha y extinguir los odios de un modo estable para ser felices? Juicio probable. Laura amenaza su existencia y su hermano y su amante que luchan á muerte apartan las espadas que esgrimian, para impedir su resolución: ya no es muy fácil que vuelvan á batirse, y es muy probable que sean fe-

lices bajo el tálamo nupcial. Esta escena asegura el éxito de la obra. El eminente actor D. Antonio Vico hizo destacar esa bella figura del cuadro, que brilla en primer término; su personal y su talento lucieron á la vez, y la Sr.a. Contreras en su difícil papel en que los movimientos han de ser tan medidos y ajustados; en esa salida en que entran la sorpresa, el dolor, el espanto, un juicio y su extrema resolución, secundó bastante bien el cuadro que es, sin duda, el mejor y más dramático de la obra.

En el tercer acto se reanuevan los odios: se traba una nueva lucha, ya no es el amor solo el que viene á conjurarlos: es la voz de la conciencia, el sentimiento religioso y la muerte misma que amenaza inexorable la vida de un ángel de paz á quien todos aman. El Conde y Laura reciben las bendiciones, todos se reconcilian y las voces de paz, de amistad y de perdón son el himno armonioso que acompaña el alma de Laura á la mansión de los justos. Desenlace y juicio afirmativo. El amor y la virtud han triunfado. Deben (ó deberían) ser felices.

En cuanto á la versificación es elegante, correcta, armoniosa y bien adecuada. Hay pensamientos brillantes que llegan á lo sublime con aquella fuerza y energía tan levantada en las obras de Corneille que por la analogía de algunas escenas nos hace recordar al autor del Cid y de los Horacios y Curiaceos. Sentimos mucho que no se nos haya facilitado una copia del manuscrito á fin de reproducir algunos versos y completar la revista con el análisis de las ideas en sus detalles más interesantes; porque una palabra, una frase, un solo verso vale á veces tanto como un libro.

La carta que recibe Laura en que el Conde le asegura su amor, es un soneto de primer orden. *Quisiera yo volar por los espacios—regir al mundo...—y ofrecerte coronas y palacios...* Nuestra memoria no puede hacer más que reproducir algunas ideas en prosa. El monólogo del tercer acto, cuando la voz de la conciencia y la enfermedad de Laura, le hacen deponer á D. Diego de Mendoza aquellos odios es la rosa de su guirnalda, el florón de su corona. Contempla las obras creadas por Dios, y todas ellas forman el universal concierto de la naturaleza, sin que se rebelen las unas contra las otras. El hombre es el que esclavo de sus pasiones lucha contra los de su especie. Este monólogo es tan insinuante, tan profundo y tan bello, que deja al espectador con el deseo de oírle una vez más y con el sentimiento de su corta duración.

Ahora que en nuestra conciencia hemos hecho justicia al mérito, con-

fiamos en que no se ofenderá su autor, si en prueba de imparcialidad nos permitimos hacerle algunas indicaciones, por si las quiere tener en cuenta, toda vez que aun no se ha impreso la obra y pudiera hacerse una ligera modificación. Dabiera, á nuestro juicio, suprimirse la catástrofe, y Laura que es el ángel de paz, gozara con el triunfo de sus virtudes. Si su dolencia, como dice el doctor, es más moral que física, coronados sus anhelos, no fuera inverosímil que los esposos fueran felices; porque, si, al reconciliarse todos, se encuentran con un cadáver, es de temer que los rencores inveterados vuelvan á despertar entre las familias. El hombre más religioso y creyente desea también ver premiada la virtud en este mundo, para que sirva de ejemplo y de estímulo á los demás que suelen extrañarla. Hay que tener en cuenta que el público vá al teatro para gozar y no para sufrir, y la parte trágica del drama hace sufrir al espectador. Si en el gran drama, *La Carvajada*, el espectador no viera que aquel buen hijo recobra el juicio con la fuerte impresión que le causa el supuesto entierro del cadáver de su madre, saldría disgustado del teatro. Si hay algún autor que se haya empeñado en hacer prevalecer lo contrario hasta ensangrentar la escena con las víctimas más simpáticas é inocentes, el tiempo hará justicia al arte, y vengará sus preceptos ultrajados. Hasta la mitad del tercer acto el público goza y aplaude al autor, si se evitase la muerte de Laura, y se terminase la otra mitad con algunos episodios é incidentes oportunos, la obra del Sr. Bienert pudiera figurar entre las mejores del repertorio. Aun así como se ha representado, honra al poeta y la consideramos de mucha más valía que otras que se han representado y han sido aplaudidas en los teatros de primer orden.

B. COMELLAS.

## VARIEDADES.

Solucion al rompecabezas del número anterior.

O uintin.  
C epiano.  
T ríque.  
R auon.  
B milio.  
F áraf.  
—  
E steban.  
S alvador.  
—  
P ulino.  
O nofre.  
C enetrio.  
E stanislao.  
R odrigo.